

MONTALVO FIALLOS, JUAN (1832-1889)

*POESÍA DE LOS MOROS*

(Córdoba, la gran mezquita)

Abdala Abulabás Asafad ha subido al trono de Damasco: los Beni Omeyas cayeron bajo el alfanje de sus rivales, y toda la poderosa familia es exterminada. Noventa caballeros escapan del degüello general, y se refugian en Egipto: recíbelos el Wali con aparatos y demostraciones regias; los príncipes son bien venidos a su corte. Para el festejo de tan ilustres huéspedes un banquete se prepara, tan real y suntuoso, como nunca lo tuvieron reyes. Los príncipes Omeyas están sentados a la mesa, considerados y servidos por los principales señores de la corte; el Wali exhala el alma por acariciarles y adularles. ¿Qué acontece? Se cambia el servicio, y el segundo mantel se compone de noventa cabezas que chorrean sangre con los ojos monstruosamente abiertos. Son las de los Omeyas, huéspedes del gran Wali de Egipto. La cimitarra de Abdala Abulabás era muy larga; habíase extendido hasta el palacio de su real deudo.

Un resto quedó no obstante de familia tan noble como corta de ventura: Abderrahman ben Moabia siente correr por sus venas sangre de califas; hierve su pecho en grandiosas afecciones, su alma en encumbrados pensamientos. Joven es, y por el mismo caso rebosa en esperanzas; solo se mira, mas el valor no necesita compañeros: persíguele de muerte los matadores de sus padres; él es prudente, huye y se interna en el desierto. La vida del príncipe Moabia está en un hilo: las órdenes de Abulabás se transmiten como por encanto a todos los vientos del imperio, sus súbditos están sobre aviso; adonde llegue, ahí morirá; sin contar con que numerosas cabalgadas de beduinos y soldados árabes le persiguen en todas direcciones. Abderrahman sigue su estrella; sigue por ahora el camino del fugitivo; por él llegará a un trono, y se verá que el Califa tenía razón de anhelar la muerte de enemigo tan flaco y nada temible como parecía ben Moabia.

Cruza desiertos, lucha con fieras, vence leones, se acoge a la choza de un negro salvaje; camina, camina sin descorazonarse a los mayores trabajos, y su industria burla la vigilancia de las paradas y espías que le esperan en todos los caminos. Unas veces ayudado de disfraces, otras de la fuerza de su brazo, se sale con su empeño: no hay dificultades para un grande corazón. Abderrahman se halla entre amigos, ha llegado a Mauritania, en donde un noble Jeque de la tribu zeneta le recibe. ¿Qué torbellino de polvo se acerca por allá? Una manga de beduinos con los sables en alto se aproxima a galope. -Por Alá ¿no habéis visto un joven en cuya busca andamos? Es de gentil parecer, soberbio en su ademán; príncipe, en una palabra. -Si por cierto, visto le habemos hace poco; llegó entre nosotros, y tres días ha que anda a caza de leones: echad hacia el occidente, y hallarle habéis no a mucho andar.

-Mirad, que son órdenes del gran Califa, y que un engaño os costaría la vida.

-Id, amigos; el rumbo que os indicamos es vuestro camino.

-Alá sea con vosotros.

Y los beduinos partieron a toda rienda envueltos en un huracán de ardiente arena.

¡Generosos bárbaros! instruyen a su huésped de lo que pasa, hácenle montar una yegua veloz, y con una guardia de jóvenes guerreros, envíanle a una tribu más remota. Aquí le llegaron embajadores de España para ofrecerle a nombre de los muslines el corazón y el respeto de los creyentes, pues iba a ser proclamado rey, con absoluta independencia del Califa de Damasco, él, desterrado, fugitivo, que a cada paso podía dar en la tumba.

Partió luego Abderrahman con los embajadores y no pocos zenetes que le acompañaron por adhesión a su persona, y, llegado a su reino, se festejó su venida con zambras y cañas, en donde nadie las rompió más ni con mayor gentileza que el príncipe ben Moabia, amor de las doncellas desde el primer día, gloria de la patria así como hubo desenvuelto las grandiosas prendas con que la naturaleza le había distinguido. Este fue el primero y más cabal de los reyes musulmicos de España; éste trajo a Córdoba la silla del Imperio; éste hizo de ella una ciudad tan grande y magnífica, que pocas hubo tan magníficas y grandes.

El rey no perdió tiempo de aventar hacia fuera la magnificencia de su alma: el primer monumento de su grandeza fue la gran mezquita, a la cual dio principio, determinado a sobrepajar en sublimidad y perfección a los templos de Damasco, Bagdad, Ispahan y de todos los del rico Oriente. Fórmanla mil noventa y tres columnas de finos mármoles, que sustentan cincuenta y siete arcos estupendos, debajo de los cuales se espacian anchas naves enlosadas de mármol laboreado, sonoro a los pies, agradable a la vista. Cuatro mil lámparas de oro suspendidas en las bóvedas hacen del edificio un gran foco de luz: en las festividades solemnes, todas ellas se encienden, y a la salida del Ramazán, el templo es cosa grandiosa, digna del Dios que adoramos todos y digna de profeta menos impostor que Mahoma, a quien está consagrado. Gástase en esas lámparas gran copia de esencias y perfumes, y éstos de los más delicados y costosos: la mirra, el ámbar, el áloe no son economizados; blancas columnas de humos sabrosos y vivificantes se levantan de braseros de plata bruñida, y en alas azulinas se espacian por las anchurosas naves: las paredes, labradas, ostentan a modo de jardines, flores abiertas del más bello color: el oro, el azul, el blanco mate componen esa vistosa alfombra que aforra las columnas, y mil y mil caprichosas bordaduras se extienden a lo largo en cordones retorcidos, formando maravillosos resaltos, por los cuales la vista vaga complacida, deleitándose con el primor de esos ricos objetos. Las cúpulas están coronadas de grandes bolas doradas, y la mayor de todas y más eminente es de oro macizo. Sus puertas son diez y nueve, una hacia el oriente, otras al occidente: puertas de bronce de maravilloso laboreo, floreadas de ese oriazul, mezcla de oro y de ese azul que parece tener hasta fragancia. Este color se ha perdido; era un secreto de los árabes. La puerta principal está forrada de esas láminas de

oro, y es principal en todo: mayor en porte, más espesa, más grandiosa: por ella entra Dios cuando se viste de pontífice.

En el interior del templo no reina aquella funestidad religiosa, aquella murria santa, aquella devoción y profunda tristeza que se derrama desde el tabernáculo hasta el peristilo en las iglesias cristianas en las Catedrales de Italia y de la España goda; al contrario, los sentidos no encuentran allí sino de que animarse y jubilar: risueño aspecto, sonoros y alegres ruidos comunican al alma uno como gozo interior, y el creyente no se halla en la mezquita con un Dios zahareño e intratable, sino con un Dios jovial y bondadoso. Los edificios moriscos tienen esto de particular, que son por dentro risueños, leves, amables; por fuera hoscos, refunfuñones, amenazantes: la política pasa a la religión: los monarcas edifican así sus palacios, a efecto de infundir pavor al vulgo con la presencia de un monumento tenebroso, y gozar ellos a su sabor en los interiores, venteados por las blandas alas del dios ciego: tal es la Alhambra de Granada, tal el Alcázar de Sevilla.

El rey Abderrahman ben Moabia trabajaba en este edificio con sus manos una hora al día; otro que tal, Hixen, su hijo, en cuyo reinado se dio cima a monumento tan principal y grandioso. Este Hixen fue muy humilde para con su profeta, muy impío para con su maestro, muy insolente para con los hombres: con sus manos trabajó en el templo de Dios; pero de intento hizo acarrear la tierra desde Narbona, ciudad de Francia, a espaldas de cristianos, acémilas para el moro vencedor: ¡pobres cristianos! ¿qué sería de ellos acarreando tierra a espaldas para el templo de religión aborrecida? pues la acarrearón, y en gran parte ayudaron al levantamiento de la gran mezquita.

Han vengado el ultraje con el tiempo, y bien: ¡ay! se han vengado demás. Esa fábrica maravillosa, alumbrada por cuatro mil lámparas del más fino metal, a donde se entraba por diez y nueve puertas de bronce, cuyas cúpulas estaban coronadas por grandes globos brillantes, en cuyo interior se aspiraban todos los perfumes de Arabia y Persia, ¿es el templo que he visto con mis ojos? Lo vi tan sólo con los ojos del alma: la gran mezquita de Abderrahman y de Hixen no existe ya; los siglos, los trastornos, la codicia, la barbarie, y más que todo la indolencia de los godos vencedores, ha convertido la mezquita en una sublime ruina: ahora está en pie, han tenido la caridad de no derribarla; pero es un esqueleto, una gran armazón; es Behemón despojado de la piel y de la carne, de sus colmillos preciosos: allí se está como un recuerdo, como una curiosidad, sin riqueza, sin primor, sin vida; resto fósil, cadáver antediluviano sobre el cual han caído todas las plagas del cielo, en el cual se han puesto las manos y los pies de la tierra. Como quedaban las ciudades por donde pasaban el gran Tamerlán o Atila, así ha quedado la gran mezquita: los godos no pasaron, mas se quedaron en ella: saqueada, ultrajada, desfigurada, mutilada, embarrada la mezquita, no es ya la gran mezquita, es una triste y pobre iglesia. Que no hay un grano de oro en ella, es claro; que no arde sino la plebeya grasa en lugar del áloe, cierto; que las paredes han perdido sus flores, que los bronce de las puertas han desaparecido, sin duda. Y para mayor abundamiento de barbarie, el arte ha perdido sus pulidas formas, la levedad morisca ha sido afeada con la cargazón de la arquitectura gótica. Cada orden puede ser perfecta por sí misma: hay también órdenes mixtas, que combinadas con pulso y sabiduría, componen hermosas obras; mas para que

la combinación no falte a la armonía, a la métrica de la arquitectura, las órdenes han de ser de la misma familia, ha de reinar entre ellas tal similitud, que la una no desdiga de la otra: así lo quiere Vitruvio. Mas entre las de diferente, y aun opuesta naturaleza, no puede formarse sino monstruos. En la arquitectura árabe todo es delicado, todo fino, todo leve: sus formas parece que están volando, algo hay de paloma en un edificio morisco: blandura, convexidad de miembros, vivacidad, brillantez, gran riqueza de colores: una alcoba de sultana es un cuello de paloma; el iris está arrollado, allí, dando vueltas y revueltas como una culebra celeste, dorado, tornasolado, cambiante de los más vívidos y al mismo tiempo los más suaves matices. La arquitectura morisca es un madrigal armonioso, grato al oído: sus pilastras de jaspe, sus capiteles de oro, el mármol de su pavimento, y el arqueado voluptuoso de sus partes, todo es cosa de amor: nueve Musas habitan en la cumbre del Parnaso; otras nueve demoran invisibles en el Generalife.

¿Pues cómo las cinceladas toscas, los miembros fornidos, el formidable gesto de la arquitectura gótica han de formar parte de un árabe edificio? Esto sería retocar un cuadro de Rafael con el pulso disparado y el recargo de colores de Salvator Rosa; intercalar en la Eneida escenas de las tragedias lúgubres de Shakespeare. Esos altares adustos no están bien en la mezquita: Dios está en el universo; grandes y excelsos templos tiene en todas las naciones de la tierra; pero no gusta de la desarmonía, él, tan acompasado y armonioso.

La mezquita de Córdoba es un gran recuerdo del imperio de los árabes de España: poder, sabiduría, arte, civilización en eminente grado, todo indica esa portentosa fábrica. Ahora está rodeada de melancolía; algo hay triste y desolado en ella: parece la casa de los siglos en donde van cayendo los años uno por uno; y como los pasados son pasados, nadie cuida de ella: indolentes son las sombras. El imán y el alfaquí no cuidan ya de su recinto, el muezzín no vela en los altos alminares, ni se oye tarde de la noche su voz solemne y religiosa: ¡No hay más Dios que Dios, y Alá es su profeta! ¡No hay más Dios que Dios! ¡Alzaos, creyentes, y acudid a adorarle en su templo! La campana melancólica suena a la oración, y tal cual cristiano español embozado de su capa se encamina silencioso por el patio de las palmas: la fuente de las abluciones está allí; mas ya no es santa, ni se consume un misterio en torno de ella: algunas aguadoras arambelosas cogen agua en sus cántaros al son de su fandango, en lugar de esos graves y pomposos árabes, que cubiertos de su manto, rodeaban la fuente para lavarse en ella devotamente las manos antes de entrar a la zahala, u oración de la tarde. Los siglos y las razas van pasando: todo acaba, todo cambia: sólo Dios es el mismo, sólo Dios existe eternamente: los musulimes le adoraron en ese templo; en el mismo le adoran los cristianos, y aunque no entre esas mismas paredes, en ese lugar le adorarán las generaciones venideras, cualquiera que sea su religión: el principio y la base de todas es Dios: nadie varía en este punto, ni variará probablemente: los dioses se fueron, no hay más que un Ente infinito y soberano legislador de cielos y tierra.

Abderrahman ben Moabia plantó la primer palma, de la cual nacieron las que dan sombra a la mezquita, y de ellas todas las que hoy asombran el suelo de Andalucía. Palmas son cargadas de años; a cuestras con la edad, no pueden ya con la tristeza: el viento se posa en sus cumbres a la hora del crepúsculo, y arrulla como tórtola viuda: la noche avanza, y él se atrista más; cierra la oscuridad, y todavía gime; parece ave nocturna, presagiadora de

pesares y de muerte. Extranjero, ¿qué haces arrimado al viejo tronco de esa palma? mira que las sombras adelantan, retírate a tu albergue, porque de noche no hay mucha seguridad en este anchuroso y triste patio: dicen que un bulto blanco sale de la mezquita y viene a hacer una ablución en la fuente que está cerca de ti; luego un suspiro ahogado sale de ese rincón, y en las hojas de las palmas se oye un chillido temeroso, como de animalillos tiernos abandonados de su madre. Y aun sin esto, la Sierra Morena está nevada, el ambiente es helador; la oscuridad y el silencio infunden tristes pensamientos. Poco va en ello: el corazón oprimido requiere soledad, el pensamiento sombrío, sombras pide: dejadme aquí: ¿no soy extranjero? tan sólo estaré en mi morada como al pie de este triste árbol: y si una lágrima se me cuelga en las pestañas, podré enjugármela sin que nadie me lo observe, y esto es ya un adelantado. Si por aquí andan sombras misteriosas, tanto mejor; departiré con ellas; ¿no soy sombra yo también? En cuanto a esos ruidos misteriosos que bajan de los árboles, música son para mí: la oscuridad es sol para los tristes.

Córdoba fue siempre ciudad grande y renombrada: la fundó Marco Marcelo, y en tiempo de los romanos se llamó Colonia Patricia, en razón de ser asiento de sus gobernadores, o acaso por dar de sí varones esclarecidos que la engrandecían e n la opinión de la metrópoli, y labraban su felicidad interior. En Córdoba florecieron muchos y muy preciosos ingenios: las ciencias tuvieron allí sus patriarcas, las artes se vieron en su cumbre, la poesía tuvo apasionados que la corte jaron anhelosos y triunfaron de ellas. Aristóteles tenía allí sabios traductores, Hipócrates entendidos discípulos, y ni Copérnico leyó en el cielo con más claridad que los musulimes. Pues bien, estos hombres ilustrados y saga ces eran llamados bárbaros y perros por los españoles que honraban la ignorancia. Cuando toda Europa yacía como muerta para la sabiduría, envuelta en las profundas tinieblas del siglo onceno, los árabes de España poseían las ciencias, cultivaban las artes, sacrificaban a las Musas<sup>14</sup>. La España morisca era el horizonte por donde estaba saliendo el sol que un día había de iluminar a Europa, la España morisca fue la escuela de donde salieron los maestros que instruyeron a los hombres modernos. La civilización actual, en cierto modo, tiene su origen en los árabes de España: a los árabes se deben los mayores y más útiles descubrimientos; los árabes conservaron preciosos manuscritos de la antigüedad, a los cuales deben en gran parte su sabiduría los sabios de nuestros tiempos.

Lo material era correspondiente a la moral: un no muy extenso territorio contenía más habitantes que un vastísimo reino: Andalucía y más provincias moriscas eran como una colmena donde no hay punto de lugar perdido: hervían en ella los hombres por millones, activos, laboriosos, inteligentes, dados a todo género de industria, si no tiraban para el estudio, al cual muchos se entregaban de propósito. Seis grandes y magníficas ciudades cada cual digna de ser metrópoli de un imperio, contenía la España morisca: Córdoba, su capital; Toledo, Zaragoza, Mérida, Granada y Murcia: fuera de éstas se contaban ochenta ciudades populosas y de primer orden, trescientas inferiores, y no malas, e infinitos pueblos y villorrios cuajados de gente entregada al laboreo del campo o a la industria manufacturera.

Reinando Alhaken, uno de sus más insignes reyes, Córdoba tenía doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas, y doscientos baños

públicos. El aseo era para los musulimes una como religión o parte de ella, tal que a nadie le era dable penetrar en el templo sin hacer una previa ablución. El vestido, la morada se había de tener tan en cuenta como el cuerpo: cada ciudad era una concha tersa y brillante, cada mujer una náyade habitadora de las fuentes. Todo al revés de lo que sucede con los bien aventurados españoles: hanse visto motines encabezados por la gente de chapa, pidiendo la vida del Ministro que había tenido la torpe idea de mandar barrer las calles<sup>15</sup>, y se dan hombres que no se acuerdan haber tomado un baño en su vida ¡dichosos españoles!

Córdoba existe; pero ¡qué Córdoba! No son los templos de cuatro mil columnas de mármol con capiteles de oro; no los alcázares de Azahara ni los jardines de Meruan; no las pilas, tazas y baños de blanco jaspe sombreados por mirtos y laureles; ni menos las doscientas mil familias que poblaban la Córdoba de más felices tiempos. Guadalquivir no riega ya sus huertos, donde no hay fruta que no sea conocida, ni refleja en su límpido cristal los alminares de las mezquitas y las ricas fachadas de los palacios de mármol: triste está Guadalquivir; la sultana no extiende ya su lindo pie, y él no tiene qué besar enamorado; nada fecundizan sus aguas; yerma la tierra, se come a sí misma de disgusto; los hombres acarrear consigo pereza invencible; el orgullo les vuelve miserables. Todo arruinado, todo perdido; los campos no se riegan, se siembra poco, se cosecha menos, y el hambre y la desnudez tienen escuela de pesares.

A cuestras con estos pensamientos, con toda esa ciudad casi fabulosa en la cabeza, andaba yo un día sin objeto por las callejuelas inmundas de la que hoy también se llama Córdoba: río abajo, río arriba, admiraba lo pasado, me lastimaba lo presente, y nunca daba con una cosa que me levantase el ánimo, si no era tal cual resto de la antigüedad respetado por los siglos. Era yo entonces semejante a ese retórico a quien el demasiado conocimiento del bello ideal, no le permitía gozar de ninguna composición poética; ¡ay! conocía demasiado la Córdoba de los antiguos tiempos para que pudiese gustarme la de nuestros días, si algo hay gentil, que se anda donairoso por la orilla, flechando con sus rasgados ojos negros, no digo que no. Las mujeres hacen de flores; todo lo embellecen, todo lo perfuman con su presencia: lo feo es hermoso, lo triste alegre: las ruinas cobran vida, las tumbas mismas se sonríen si ellas se asoman sonreídas por allí. Sin mujeres no hay belleza ni verdad. Si a algún filósofo he compadecido, ha sido a aquel austero Xenócrates que no tenía corazón para el bello sexo: él, que con su frialdad triunfó de la más bella de las griegas, es digno de compasión; y aquel estoico de firmeza inapeable que no ve a su esposa sino una vez en vida, y eso por pura cortesía, me parece un mármol sabio, hombre tan sólo en la cabeza. Si otro mérito no tuvieran las mujeres que el de no poder vivir nosotros sin ellas, y a era eso gran título para celebrarlas; ahora si tomamos en cuenta las mil celestiales sensaciones y felicidades que nos labran, no hay voz para hacer su apología. Dicen que causan trabajillos; no es gran cosa: a lo menos así nos lo parece a los que tenemos la fortuna o la desgracia de no ser casados: en cambio de los bienes que ellas traen consigo, vengan los males, puesto que no sean de los malos... Pues han de saber ustedes que hay males malos, y males buenos: esas deliciosas penas del corazón, esos delirios de la imaginación, esas angustias del alma, esos suspiros, esos ayes que se abrigan y se arrojan cuando se ama, males son buenos; la felicidad acrisolada, de ellos nace. Mi pobre Sócrates dijo una cosa que no me gusta: ¿Cuál es mejor, Sócrates, le

preguntaron, casarse a no? Cualquiera de las dos cosas que hagas, respondió el filósofo, te has de arrepentir. Vamos, que no siempre será así: convengamos en que uno puede ser feliz por mucho tiempo, a pesar de la sabiduría: ama, y descuida lo demás. El arte de ser feliz es el arte de hacer durar el amor: el Ariosto lo supo muy bien, cuando dijo:

Che dolce piu, che piu giocondo stato  
Sarai di quel d'un amoroso cuore?

Iba a decir que a falta de grandeza hay belleza en Córdoba: las andaluzas no han menester mi testimonio para ser las más preciosas españolas, y las cordobesas no ceden un punto a las lindas georgianas. Vaya una anécdota episódica para hacer ver cuánto influyen las hermosas en el ánimo, y cuanto obran en favor de su patria, y de lo a ella perteneciente.

Un extranjero fue acometido de la nostalgia en París: aborreció todo en Francia, a los hombres, a las mujeres, el cielo, el suelo, el clima, las costumbres, todo. El otoño es terrible estación, muy ocasional a enfermedades morales: la locura, el despecho, el suicidio reinan en el otoño muy más que en otro tiempo. Las nieblas bajan y se andan rastreras por las calles; oscurece antes de anochecer; el aire es frío, la nieve cae en plumas, y las ráfagas del cierzo las estrellan contra el rostro. Con que el alma se afunesta, las penas suben de punto, caen gotas de limón en las llagas del pecho. Mas de repente parece el sol entre un rompido inmenso de nubes, el cielo se muestra risueño, azul, purísimo, y la tierra, toma un baño de alegría. No hay corazón que no se contente en una de esas hermosas tardes en que los árboles se adornan con cabelleras de oro, en que las nubes ruedan por los horizontes a modo de enormes trozos de oro derrumbados de una mina prodigiosa; en que los habitantes saborean el aire y la luz por las calles principales de la ciudad. Las mujeres de París no viven en sus casas; todas están en la calle, y en estos días de pláceme para la naturaleza, son las que más la festejan y se festejan con ella. Iba pues yo con mi infortunado misántropo por el boulevard Montmartre, y poco a poco se le fue desencapotando la frente, ya su mirada no era turbia; a pocas vueltas vile sonreír. Era, Señor, que íbamos encontrando falanges de muchachas, frescas, rozagantes, elegantes, airosas y apetitosas, como no es posible ponderar. ¿De dónde salió ese enjambre de dulces abejas que nos picaban por donde quiera nos volviésemos? ¿conque había tantas bellas en París? ¿O los campos Elíseos de Mahoma se abrieron de repente y dejaron derramar esa lluvia de huríes? El hecho es que eran bonitas, y por feliz y rara casualidad, en un largo trecho no topamos ni una vieja ni una fea. ¡Y esas retrecheras que son el diablo! por medio de una infernal maquinilla la orla del vestido está a una tercia del tobillo: ya ustedes se imaginan lo que es eso... y un modo de andar, y un modo de mirar, y un ademán, que allí le hubiera querido ver al buen Xenócrates... Pues el que iba a mi lado se reconcilió consigo mismo, y con Francia, y con su cielo, y con su suelo, y con su clima; tornose adorador de París, y allí se está hasta ahora conceptuándose el más feliz de los mortales. ¡Tanto como esto son poderosas las mujeres!

¡Oh Dios! De este vistoso cuadro he de pasar a un cuadro triste: estoy en Córdoba, y lo que en ella veo no todo es halagüeño. He andado por las orillas del Guadalquivir, he entrado y salido diez veces de la gran mezquita, he recorrido la ciudad del uno al otro extremo, y cuando el exceso de pensar y recordar me rendía la cabeza, y el de sentir y

padecer el corazón, un pavoroso espectáculo ha puesto de repente mi ánimo de punta, si puedo expresarme de este modo; al desembocar en una grande plaza, descubro un vasto hormiguelo de cabezas humanas: es una muchedumbre apiñada, llena, impaciente, que se codea, se empuja, se golpea por llegar cada uno de los que la componen a un cierto lugar, en donde el motín es más compacto y bullicioso. Veo, observo, ¡gran Dios! no es gente, espectros son, horripilantes; pálido y descarnado el rostro en unos; en otros, negro, ese negro amarillento de ictericia; la greña sucia y revuelta; inmundos girones por vestidos, por los cuales entreparece hasta lo que debe estar oculto según la pudicicia. Son mendigos, centenares de mendigos en una escasa población! Un hombre caritativo les da por ahí en una tienda una galleta baza; de ahí el apresuramiento, de ahí las ansias de la miserable turba. Y no todos viejos y lisiados, sino muchos de ellos gentes de verdes años, y muy enteros y cabales de miembros. ¿Por qué se arrastran en tan indigno estado? ¿por qué se mueren de hambre? Porque en España no se vive para comer, ni se come para vivir. El español es sobrio; esta virtud nace de un vicio, de un pecado mortal, la pereza; el español es orgulloso; del orgullo proviene la ociosidad, de la ociosidad la penuria. El español tiene en poco el trabajo; de esto resulta que carece de lo necesario. Y cuando carece de lo necesario, da en bandido o en mendigo, o en uno y otro, según sus comodidades. Entretanto la tierra, la fecunda y bondadosa tierra, permanece yerma: media España está inculta, y la mitad de sus habitantes no tienen ni oficio ni beneficio, ni cómo pasar la vida. No son ponderaciones éstas; viajad en España, atravesad la Mancha, y veréis, y sentiréis, y lloraréis. Desgraciados hay que viven como brutos, comiendo hierbas crudas, durmiendo debajo de un chaparro.

Yendo de Granada a Madrid, detúvose el coche para dar un pienso a los caballos en un poblacho de mezquino aspecto; una nube de mendigos cayó al instante sobre los viajeros, que prudentemente no nos apeamos: se agolpaban a las portezuelas, pedían, gritaban, aullaban, y tirarles una ruin moneda de cobre, era hacerles grave daño: dábanse de navajadas, reñían hasta no más, se estropeaban por ganarla cada cual. Un sujeto de entre los caminantes, que luego le conocí por un gran cirujano de Madrid, el renombrado Toca, hizo señas a una miserable mujer que se dejaba estar triste y algo apartada: por todo vestido tenía ésta una bayeta amarilla prendida al hombro, con la cual se cubría como podía todo el cuerpo. -¿Por qué tienes ese color? le preguntó el Doctor, cuando el espectro se hubo llegado. Porque no tengo casa, y como hierbas, respondió la desdichada en tono que me removió todas las lágrimas en el pecho. Cuando arrancaron los caballos, eché al tropel de pordioseros un puñado de piezas de cobre, y me alejé con el corazón oprimido de lástima, pero indignado contra el gobierno que tal y tanto sufre. En Francia, Inglaterra, Suiza y Alemania no hay una pulgada de tierra inculta: si hay hombres que padecen hambre, es porque les falta trabajo: pero aun este mal lo remedian los buenos gobiernos y los sabios monarcas. Sabido es que la invención de cada nueva máquina priva de trabajo, y por lo mismo de sustento, a centenares de jornaleros: el gobierno acude a esta dificultad, imagina obras, proporciona ocupación a los que viven de sus manos: esto hace Napoleón, cuyo principal cuidado es no tener un hombre ocioso en el imperio. Ese amo que tenía a sus criados ocupados en esparcir y recoger en seguida un saco de trigo, porque no tenían otra cosa que hacer, era un sabio filósofo, digno, de la gobernación de un reino.

¡Guárdenos Dios del encono y la venganza! Ahora que los españoles nos han manifestado tan a las claras su enemiga y su aborrecimiento, no son en nuestra opinión peores que antes: sus vicios y defectos están en su naturaleza, y no en las buenas o malas obras que consuman con nosotros. Por lo mismo, sus agravios no serán razones para cerrar los ojos a la verdad, cuando la justicia nos favorece con sus nobles impulsos. No todo es malo, en nuestros desgraciados progenitores; antes hay en su carácter elevación y grandeza, y sus procedimientos públicos no siempre fueron reprobados. Hubo tiempo en que dominaron en la mayor parte del mundo civilizado; segunda Roma, España oía rugir su león en las cuatro partes de la tierra: valerosos, denodados, sabios en la guerra; héroes poéticos, pero terribles; héroes de Romero, feroces, brutales, implacables: la magnanimidad nunca fue una de sus virtudes. Pero han llevado a cima obras maravillosas. Dejan la patria como aventureros un puñado de catalanes y merced al brío de su pecho y a la fuerza de su brazo, vense luego señores del imperio de Oriente: deshacen ejércitos, entran ciudades, humillan emperadores, y dan la ley a una vasta porción de hombres maravillados en su esclavitud del poder de esos extranjeros. Roger Lauria, Roberto de Rocafor y Berenguel Entenza pueden ser cada uno el protagonista de una ilíada. Tiembla Constantinopla en su presencia; encapotan la frente, y tiemblan los Paleólogos; ¡y eran uno contra mil! Digan lo que quieran, la conquista del nuevo mundo es asimismo un hecho maravilloso: con menos barbarie y crueldad, habrían pasado por verdaderos, dioses.

El español es hidalgo, caballeroso, valiente; grave, mesurado, juicioso; respetuoso con la Divinidad, pero soberbio con los hombres. Los malos gobiernos han estragado su carácter público; los vicios de la política han pasado, andando el tiempo, a la conducta privada. Triste verdad, pero verdad, el español de nuestros tiempos no es el español antiguo: bastardea, se estraga cada día: el honor se pierde antes que el valor, y a la vista del mundo acaban de parecer, ni honrados, ni valientes. El despotismo y la superstición son los más crueles enemigos de los hombres. Volvamos a los moros.